

50 BRIGADA

PORTAVOZ DE LA "50 BRIGADA"

AÑO I — NUM. 2

Dirección:
Plaza de la República (Grupo escolar) Pueblo Nuevo

13 de marzo de 1937.

Experiencias y... adelante

Como un perfecto engranaje, los días se suceden y, paso a paso, van dejando su huella imborrable en la historia de la humanidad. Más cuando los días tienen un contenido dinámico, producto de una convulsión violenta y lógica en el continuo avanzar de esta misma historia, el tiempo normal se va reduciendo para los hombres a sus más mínimas proporciones, y así vemos como las horas nos parecen minutos, los minutos segundos.

La intensidad con que nuestras vidas se desenvuelven, nos hace adquirir en poco tiempo, quizá en breves instantes, una experiencia extraordinaria, una experiencia que juega un papel importantísimo en todos nuestros actos, sobre todo, en aquellos a los cuales prestamos una atención más directa o nos ocupamos más constantemente de ellos.

Así están transcurriendo los momentos que vivimos, así el Mundo va modificando su fisonomía peculiar desde hace muchos años para ir cambiando de forma lo aprovechable de la era anterior y desechar definitivamente lo que, ya carcomido a fuerza de tiempo, produce un estorbo, es un obstáculo al paso acelerado y gigantesco de la historia.

España, y con ella sus hijos más conscientes (el pueblo traba-

jador toda la democracia entera), vive en estos momentos ese dinamismo y esa experiencia de una convulsión, en cuyo horizonte alborea ya un bienestar próximo.

España, nuestra España, la de los hombres honrados, está haciendo la guerra por que la historia le ha marcado el paso. La gran contrariamente a todas las leyes burguesía, los grandes capitalistas y todos los que hasta ahora

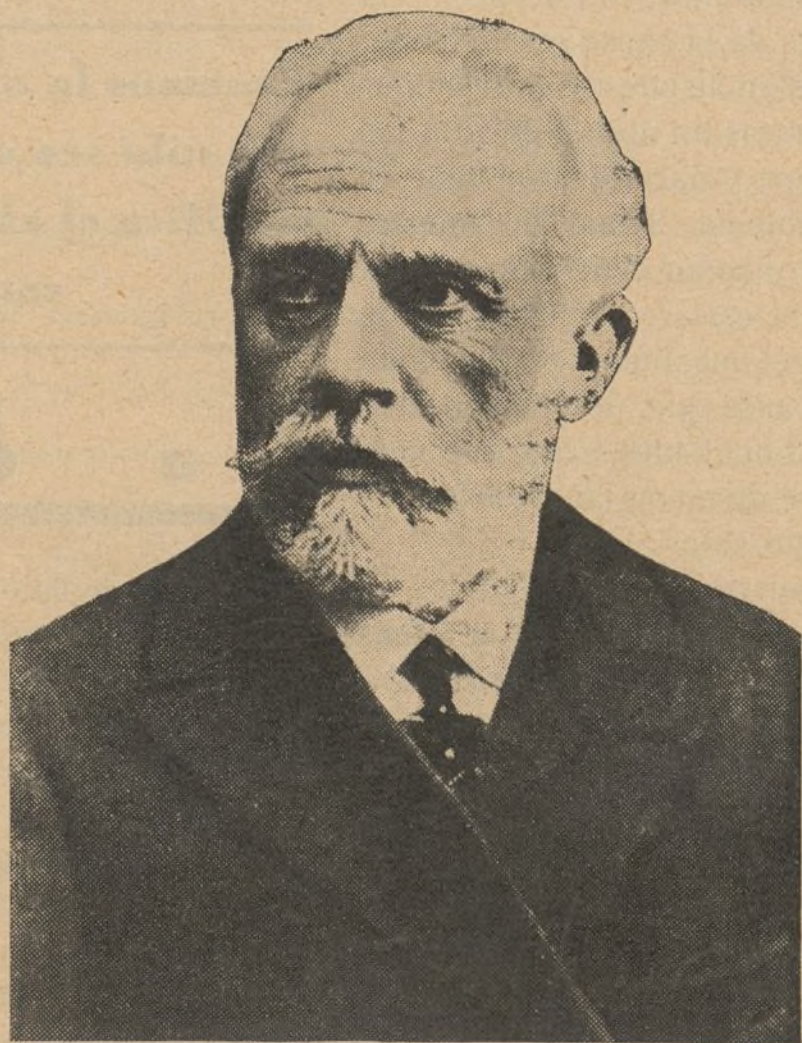
han movido los hilos de la economía y de la política en todas las naciones, veían como su vida iba esfumándose de puro vieja, y humanas tratan de revolverse contra lo que nace —la libertad— con pretensión egoísta de seguir reteniendo para sí exclusivos el beneficio de los menos en perjuicio de los más, paralizar con la muralla de su fuerza económica el cauce normal de la historia. Pero

ello, supone pretender echar hacia atrás las aguas de un río, ocurrencia solamente justificada a los dementes o a los imbéciles, porque no saben lo que se dicen.

Y han planteado esta guerra que estamos sosteniendo, una guerra cruenta, sin cuartel, como pretendiendo echar hacia atrás las aguas de ese río que es la humanidad que marcha hacia adelante sin que nada ni nadie pueda oponerse a su paso. Han intentado colocar una barrera fortísima, pero las aguas han roto esa barrera que quería sujetarlas y pasan triunfantes otra vez por su cauce con más fuerza que nunca y, moviéndose en un oleaje formidable, van dejando en las orillas, despedazados, los trozos de escoria que se ponían a su paso y le estorban a su limpia claridad.

Este es el paso de nuestro ejército, del ejército popular cantando como el murmullo de las aguas en un imponente oleaje para reconquistar el terreno que le pertenece.

Así limpiará nuestro ejército el suelo español, aunque tenga que remover sus tierras para arrancar la semilla que dejaron los traidores a su propia patria y así se marcará de forma perenne en las piedras roqueñas de la historia, que no se puede borrar, esta palabra: LIBERTAD.



PABLO IGLESIAS

Por encima de todos los elogios y de todas las tendencias está el salvar a España y a la República y ganar la guerra

Ejército del pueblo

Las horas supremas de la guerra civil que nuestro pueblo viene sosteniendo en contra del fascismo, han sonado en el reloj de la Historia; de esa magnífica historia en la que ya figuran hermosas y admirables epopeyas y leyendas de nuestros abuelos; magníficos episodios que ponen en relieve la grandeza del espíritu que anima a este ignorante pueblo que, a fuerza de ignorante y zafio, ha sabido marcar en todas las épocas y a través de todos los tiempos, para ejemplo de los países cultos, cuál es el camino de la libertad dejándolo escrito con sangre en el libro de la Historia; y para ejemplo de sus hijos que hoy, emulando a aquellos grandes hombres, quiere eclipsar su heroísmo y admirar al mundo diciéndoles con su actuación que, aunque *inculto, zafio o ignorante*, sabe cuán grande es la libertad y está dispuesto a conquistarla sea cuál sea su precio, para lo cuál no reparan en sacrificios.

¡España! ¡Cuán grande eres! Yo te admiro. Yo te venero pueblo inculto, que con tu ignorancia estás trazando el camino que ha de conducir a la libertad de los países *cultos* que hoy se encuentran sumidos en la más baja y soez de las tiranías. Yo te admiro, y conmigo todos los hombres libres y honrados, proletario humilde, proletario castigado y sufrido que como fin a tu epopeya de sacrificios y escarnios, estás enarblando la bandera de la libertad teñida con la sangre que tantas veces ha regado las calles de las poblaciones lujosas donde se albergan tantos y tantos vicios, tantas y tantas inmoralidades. Aquellas calles de luminarias que parecían hechas para guardar los tesoros de espíritus superiores, pues fueron hechas con nuestro esfuerzo y nuestro sudor, y sin embargo... aquellas calles regadas con nuestro sudor, más tarde las regábamos con nuestra sangre, cuando el Estado corrompido, cuyo derrumbamiento estamos liquidando hoy, queriendo reprimir nuestras justas demandas de pan y libertad, lanzaba contra nosotros a la jauría hambrienta de sus sicarios. Aquella sangre roja y honrada que tantas veces ví cubrir los adoquines hollados por los señoritos parásitos; aquella sangre roja y honrada, es la que izará la bandera que tanto trabajo, tantos sacrificios y tantos dolores nos

está costando enarbolar; esa bandera teñida con la sangre proletaria, es el estandarte que nos empuja por el escabroso camino, lleno de asperezas y dificultades, hacia nuestra liberación. Y bajo su rojo esplendor, con cuyos relumbros nos extasiamos, nosotros, los parias, los hombres que hemos vivido al margen de la sociedad, los hombres despreciables sin cultura, ni educación; nosotros, en fin, los hombres perseguidos y encarcelados estamos demostrando al mundo civilizado y culto de cuanto es capaz un pueblo cuando pone todo su afán, todo su valor, todo su entusiasmo y toda su voluntad a la consecución de una empresa justa y noble cuál la que está llevando a fin nuestro pueblo en estas horas sublimes que quedarán gravadas en nuestra Historia cuál la más hermosa y grande epopeya que jamás pueblo alguno llevó a cabo. Y es así, al calor de nuestra voluntad, y al amparo de nuestros sacrificios, como hemos de llevar a feliz término la gigantesca empresa en que tenemos empeñados el porvenir de nuestros hijos, la libertad de nuestro pueblo y la democracia del mundo.

Por cuanto queda dicho, yo tengo la necesidad imperiosa de dirigirme a todos los compañeros que, sintiendo en su pecho la nobleza de la causa que defendemos, están dispuestos a defenderla mientras un átomo de vida los sostenga, y hacerlos ver cuál es el problema actual de nuestra guerra y como debe actuar cada uno en estos momentos, para rendir el máximun de beneficio de la causa que, por estar rodeada de dificultades, exige que cada hombre dé en su favor cuanto es y cuanto vale.

Como consecuencia lógica de nuestro esfuerzo, las antiguas milicias, esas formidables columnas de hombres sin más armas que su voluntad, ni más técnica que los impulsos del espíritu forjado en la dura pelea contra el patrono, común y único enemigo a quien hemos de derrotar cueste lo que cueste, ya que, los que fuimos carne humana sin protección ni fuerza a quienes machacaban sin piedad ni esfuerzo alguno unos sicarios a sueldo que escondían su cobardía tras las armas facilitadas por un Estado soez y corrompido, hoy empuñamos con nuestras manos enca-

llecidas, que en otras ocasiones se agarrotaron a la herramienta que vivió no para reivindicarnos, sino para explotarnos, las armas que nos dan la fuerza suficiente y nos colocan en un plano de igualdad, para enfrentar y aniquilar al que fué enemigo del proletariado durante un periodo de centurias de años; como consecuencia lógica de nuestro esfuerzo, digo, que aquellas columnas de hombres sin disciplina, pero con la moral del que lucha para labrar su bienestar y el de toda la familia proletaria, sintiendo la necesidad de una férrea disciplina que encauce y dirija fielmente la fuerza, la voluntad y la moral de todos los luchadores, se aprestan a la organización del ejército. De un nuevo ejército donde no existan las diferencias de categorías, sino las diferencias de puestos en el que cada hombre debe trabajar hasta rendir el máximun; un ejército en el que no exista la disciplina del látigo y el terror, sino una disciplina consciente, en la que, con la máxima democracia, se fundan el respeto mutuo, la obediencia absoluta a las órdenes dadas por los que tienen la misión y la obligación de darlas, y el amor y el cariño fraternal que entre los hombres que no admitimos diferencias sociales debe existir; una disciplina consciente en la que todo hombre debe cumplir, sin discusión ni preámbulo, con el deber que se le encomiende, ya que

nuestra guerra no es una guerra para ganar categorías ni para ocupar puestos, sino una guerra que exige de cada hombre el máximun rendimiento en el puesto que se le designe.

Llegada es la hora en que el hombre deje al margen sus ambiciones y egoismos personales pensando que antes y por encima de todos estos egoismos, está la causa de la libertad gravemente comprometida en nuestro pueblo, y que sepan los que no quieran comprender lo que queda dicho, que el que no cumpla con arreglo a este precepto es un enemigo de la democracia, y por lo tanto será considerado por nosotros como un enemigo a quien se debe sancionar con toda rigurosidad. No son momentos de poner obstáculos, sino de dar facilidades.

Yo quiero aprovechar esta ocasión, para, al propio tiempo de saludar a mis camaradas, y pedirles su apoyo y ayuda en nuestro trabajo para la constitución de la 50 Brigada Mixta en que estamos empeñados, decirles a todos que cuanto digo en este artículo, lo hemos de llevar a la práctica apoyándonos y ayudándonos mutuamente, a cuyo fin yo os pido a todos el máximo esfuerzo y la máxima disciplina concebida en los términos que dejo señalados, y por cuya fiel interpretación velaré yo sin reparar en esfuerzos ni sacrificios.

MERINO

Tenemos la obligación de acortar la lucha aunque sólo sea un minuto. Un minuto que se gane, significa el ahorro de muchas vidas y de muchos sacrificios. - Largo Caballero.

L a d e f e n s i v a

El monte helado parece despezarse bajo la caricia cálida del sol naciente. Hay una quietud extraña; como si la vida toda estuviese en suspenso esperando un algo insólito y terrible. En la trinchera todos callan, con la vista fija en la línea de alturas del otro lado del barranco; las manos se crispan nerviosamente sobre los fusiles, sobre las granadas de mano. Nada se sabe en concreto, pero la naturaleza raramente quieta, parece advertir algo, avisar que pronto el cañón hará sentir su voz sonora y grave.

De pronto rasga el silencio un aullido prolongado. El aire se

estremece por una violenta detonación, y el primer obús estalla en mil esquirlas. Es como si el paisaje, antes calmado y frío, se agitas de repente en tremenda convulsión. Otras granadas llegan silbando y caen alrededor de la trinchera. El aire se llena de cascadas de granada, la tierra se estremece herida, se alzan columnas de humo espeso y acre, vuelan fragmentos de roca, árboles astillados, y una horrible sinfonía de truenos discordantes ensordece y aturde. Los soldados con la vista fija en las alturas del otro lado del barranco, parecen no oír, como si toda aquella tempestad

de hierro y fuego, de muerte y destrucción, no les afectase. Saben que su misión es aguantar impávidos el tiro de la artillería, hacer caso omiso de ella, aferrarse a su trinchera y esperar a las olas de asalto enemigas.

El monte ya no es monte; no hay en él ni árboles, ni matorrales, ni piedras. Parece que un arado gigantesco ha hundido en él una reja mostruosa que todo lo levanta y revuelve... Pero la trinchera subsiste, y en ella, los soldados con las manos crispadas en el fusil y la mirada fija en las alturas de enfrente.

Estas se pueblan de repente de siluetas vagas que se confunden en la lejanía con los tomillares y chaparros. Estas siluetas avanzan lentamente, se pegan al terreno, se funden en él como si quisieran adentrarse en la tierra y hacerse también tierra y polvo inanimados. Los soldados, con la vista fija y las manos crispadas en los fusiles, nada oyen, nada sienten, con todo su ser condensado en la mirada fija y vigilante con que siguen los menores movimientos del enemigo.

Las granadas siguen estallando sobre la trinchera. Los parapetos de piedra y tierra se desmoronan; saltan por el aire en fragmentos las rocas que colocaron los soldados bisoños ante sí, creyendo protegerse, y cada trozo de ellas es un nuevo proyectil que hiere y desgarran. Pero la trinchera permanece firme y resguarda al veterano que la labró pacientemente, en los momentos de ocio, mientras algunos camaradas, me-

nos previsores, consumían sus horas en inútil contemplación o en charlas insustanciales y chocarrerías.

El mando enemigo estima neutralizada la trinchera; cree que con el martilleo del fuego de destrucción, la vida ha huído de ella y que sus olas de asalto no encontrarán obstáculo. La artillería alarga su tiro y bate la retaguardia para impedir con su fuego el auxilio de las reservas. Ya llega la primera ola de asalto que avanza confiada en el silencio de la trinchera, que sólo muertos y heridos debe de contener. Pero cuando, a trescientos metros de ella, las olas de asalto se organizan para el salto definitivo, aquel montón de escombros se puebla de hombres, las ametralladoras cantan su monótono son, la fusilería, a la voz de mando de sus jefes, desgarran el aire con sus descargas cerradas... El enemigo vacila, pero se rehace y avanza; entonces las granadas de mano entran en acción, las armas automáticas aceleran su ritmo, las descargas se suceden rápidas, y sobre la primera ola de asalto cae un huracán de hierro que la contiene primero, que la siega después y que por último la hace retroceder dejando el campo sembrado de cadáveres.

De la trinchera entonces se alza majestuoso, con la majestad que imprime a su acento un ideal profundamente sentido, un coro de voces viriles enronquecidas por el humo de la pólvora; nuestros hombres cantan la Internacional.

Ahora, por encima de nuestras ideas y en aras de algo que está por encima de nuestras ideas, debemos permanecer unidos. - Largo Caballero.

Disciplina es triunfo

Buscar término que mejor encaje en el fin deseado no ha podido encontrarse. La disciplina es la creación de todo lo que dignifica al hombre; cuanto más, cuando este ser está consagrado a fin como el nuestro. ¿Podría el niño aprender a leer si no se acostumbrase a mirar con fijeza esos garrapatos que al fin se convierten en letras, luego en sílabas, más tarde en palabras, y por fin en oraciones? ¿Podría el atleta llegar a serlo si no se sujetase antes a una disciplina costosa

para dominar todos sus miembros y abstenirse de determinadas costumbres, lícitas a los demás pero a él no? Es indudable que en todos los ejercicios de la vida se necesita disciplinarse para llegar a ser algo, para formarse así mismo, para adquirir un carácter, es decir, para triunfar.

Y si esto es para el asunto individual que casi siempre es vanagloria, ¿cuánto más para utilidad colectiva?

En estos momentos en que estamos formando el ejército del

pueblo, los cuerpos de la victoria, es necesario que desde el más alto mando hasta el más pequeño de los soldados se amolden a una línea recta, esto es, disciplina.

El miliciano, soldado del Ejército Regular, que es el ejército del pueblo trabajador, debe enorgullecerse de formar su carácter dentro de la disciplina. Debe aprender los toques y estar alerta a los mismos, para que jamás le encuentren desprevenido. Nada cuesta tener su camastro siempre arreglado y limpio su cuarto; la higiene, conforme los medios que la campaña le permita, no debe olvidarla para que no haya que reprocharle. Debe respetar a los camaradas que lleven el mando, sabiendo que éstos le respetarán y se moverán con más confianza y acierto cuando saben que se les obedece ciegamente.

La guerra necesita hombres que sepan avanzar y jamás retroceder. Necesita hombres que si fuere necesario vean a la muerte con la sonrisa en los labios. Ne-

cesita hombres con «la mirada puesta en el blanco de la soberana vocación», que es el triunfo de la revolución, no que vuelvan la vista atrás.

Volver la vista atrás ocasiona siempre bajas que pudieron evitarse, pérdidas de terreno que cuesta luego reconquistar. Volver la vista atrás es hacerse indignos de la causa y tener luego que avergonzarse ante las preguntas de los hijos.

Los que luchamos por una humanidad nueva, debemos mirar siempre hacia adelante, sabiendo que por cada héroe que caiga surgirán hasta de las piedras si fuera necesario, millares que vengarían nuestra muerte.

Neguemos a nosotros mismos en beneficio de la causa, que al fin habremos aprendido que la disciplina nos ha llevado a triunfar sobre los enemigos que acosan nuestra Nación, y que hemos formado un carácter que nos hará superiores a lo que fuimos.

Un enemigo más dañino que las balas

Copiamos del periódico «Vida Nueva» de la Brigada 72.

Para el combatiente todos los cuidados son pocos. Precisa estar presto a cada instante para responder adecuadamente a los ataques del enemigo. Y para ello que su salud sea buena, que no esté quebrantada ni por los vicios ni por las enfermedades. Sabido es, a este respecto, que en los primeros días de la guerra acudieron a nuestras filas, como falsas milicianas, una infinidad de mujeres que, en el mejor de los casos, se limitaban a estorbar el desenvolvimiento natural de nuestros combatientes. Algo más grave sucedió, sin embargo. Confundiendo la libertad con el libertinaje, hicieron presa en no pocos milicianos, que hubieron de recluirse, cuando más necesarios eran sus servicios, en las salas de los hospitales antivéreos.

Estas desaprensivas que pusieron en mal lugar a las camaradas que, honradamente, convencidas de su ideal, acudían a las líneas de fuego a prestar cuantos servicios se las ordenara, hicieron más bajas que el enemigo entre nuestros soldados. No es extraño que

un conocido jefe de nuestro Ejército se viera obligado a adoptar resoluciones enérgicas. Pero no es esto, sin embargo, lo que nos interesa comentar hoy, aunque tenga relación estrecha con ello. Queremos referirnos, principalmente, a la importancia que debe concederse por nuestros soldados a la higiene y la limpieza en el frente.

Sabemos sobradamente que en las trincheras no se dispone de comodidades. Pero el agua no es precisamente un privilegio de las mansiones señoriales. Sobre todo en el campo, se ofrece a la mano del combatiente, que no solamente sirve para apagar la sed. Queremos decir con esto que los soldados del Ejército Regular deben de prestar atención al problema de su salud; que muchas veces la limpieza evita grandes y peligrosas enfermedades. Sobre todo las de carácter sexual pueden ser fácilmente evitadas con sólo que se preste atención a la limpieza y se tenga cuidado en quienes son las personas elegidas para dar a la naturaleza desahogos.

Limpieza e higiene. Pero no estará de más, al mismo tiempo,

que los mandos se preocupen de vigilar estrechamente con la colaboración de los soldados, a las mujeres que puedan existir entre nosotros, dedicándose a menesteres poco relacionados con la guerra. Téngase en cuenta sobre el particular que todas las guerras han producido un elevado porcentaje de bajas por enfermedades contraídas por el contacto con mujeres enfermas. Nosotros

queremos que las bajas que se produzcan en nuestras unidades militares sean por luchar, por combatir fervorosamente en defensa de nuestra causa. Y bueno será, para evitar que los hospitales se vean repletos de enfermos de este tipo, que los soldados presten atención a este problema, intrascendente a primera vista, pero que tiene gran importancia en la lucha contra el fascismo.

Socorro Rojo Internacional

(Grupo Eulogio Fernández)

¡Españoles acudid en ayuda de los familiares de los caídos!

El fascismo invasor ha hollado con pisadas sangrientas trozos de nuestra patria.

El pueblo español ha resistido y seguirá resistiendo, mientras el mando así lo ordene, los brutales ataques del enemigo; sus hombres y mujeres ofrendaron la vida generosamente por la defensa de cada palmo de terreno.

Ni un solo edificio, ni una sola calle fué cedida sin lucha a la bestia fascista.

Sólo la metralla y el fuego, el empleo en masa de las más terribles armas de guerra asolando vidas y hogares, reduciendo a escombros las ciudades, pudo conquistar en combate encarnizado y feroz las posiciones defendidas por los héroes de la independencia nacional.

El S. R. I., el hospitalario que acogió amorosamente a millares de huídos de todas partes, que dió pan y hogar a las mujeres y niños evadidos de los pueblos y ciudades oprimidas por las hordas fascistas, llama hoy a todos los españoles honrados, a los pueblos de Levante y de Cataluña a los antifascistas de todas las ciudades leales a la democracia y a la República, para que acudan presurosos a mitigar el dolor y las necesidades de sus mujeres y niños que acuden en busca de auxilio lejos de los horrores de la guerra.

El S. R. I. pide un apoyo inme-

diato para los familiares de los caídos gloriosamente defendiendo su hermosa ciudad y la independencia de España libre y democrática, pues hasta que suene el grito de la victoria hay que ayudar a millares de víctimas inocentes.

¡ESPAÑOLES! ¡AMIGOS DE LA LIBERTAD Y DEL PROGRESO!

LOS FAMILIARES DE LOS CAIDOS DEFENDIENDO SU LIBERTAD Y VUESTRA LIBERTAD, SU HOGAR Y VUESTRO HOGAR, SU INDEPENDENCIA Y VUESTRA INDEPENDENCIA, LO ESPERAN TODO DE VOSOTROS.

HACED UN LUGAR PARA ELLOS EN VUESTRO CORAZON, EN VUESTRA CASA Y EN VUESTRA MESA.

DEMOSTRAD AL MUNDO ENTERO QUE UN PUEBLO CON TAN ELEVADO SENTIDO DE LA LIBERTAD Y DE LA FRATERNIDAD HUMANA ES INVENCIBLE.

¡En pie por la independencia de España, por la defensa de la justicia y de la civilización!!!

¡VIVA EL SOCORRO ROJO INTERNACIONAL.

El delegado del grupo,
Juan MOLINA.

Aclaración

Nuestro número de la pasada semana, primero de la publicación, apareció erróneamente designado con el número 16, en parte de la tirada. Nuestros lectores se habrán podido dar cuenta

de la errata por el contenido del artículo «Presentación». Sirvan estas líneas, no obstante, para dejar constancia de la aclaración a todos los efectos y para presentar nuestra disculpa.



VIGILANCIA

—¿No te parece que ese es mucho puente para tan poco río?
—Ten en cuenta, compañero, que este es un sitio de gran cuidado, y, por lo tanto ¡hay que ser todo ojos!

Caso en acción

Otra de las malas herencias que nos ha dejado el capitalismo, es el ladrón.

Hace unos días, en una vía céntrica de Madrid, presenciemos un pequeño barullo de gente. ¿Qué ocurría? Curioseamos. Se trataba de que dos agentes de policía acababan de detener a un carterista y a su cómplice. Como sabéis, cuando uno de estos elementos sustrae una *saña*, inmediatamente la pasa a su compinche, que suele hallarse muy próximo, a fin de que, si es descubierto, no se le sitúe el objeto robado y pueda aparecer como inocente, ya que el otro socio procura salir de naja con el producto de la maniobra.

Ahora bien, los protagonistas del suceso que nos ocupa (jóvenes por cierto, que probablemente se hallaban eludiendo su servicio militar), siguiendo una antigua táctica, iniciaban el escándalo a base de protestas de inocencia, intentando aparecer como víctimas de un error, y una parte sensiblera del público *picó*, censurando a los agentes, hasta que estos, apoyados por otra parte más sensata, demostraron su razón a los papanatas, llevándose, consiguientemente, detenidos a los *randas*.

La novedad que presentaban los dos sujetos era la de que no iban vestidos de paisano, sino que llevaban sendas cazadoras y detalles que les daban un aspecto de milicianos.

Los ladrones son otros de los seres que tampoco quieren redimirse; son parásitos del viejo régimen, vagos, y por lo tanto enemigos nuestros. Su única evolu-

ción, no moral desgraciadamente, es la argucia del disfraz; psicología experimental se llama la figura, dado que de esta guisa consiguen inspirar confianza a sus posibles víctimas, porque ¡asombra! el que había merecido la atención de los carteristas en el caso que venimos refiriéndonos, era un combatiente, que se hallaba en la retaguardia disfrutando un breve permiso. Edificante ¿no?

Cuidado, combatientes, con el ahorro que podáis llevar encima de vuestra persona, que no sirva, por una distracción vuestra, para sostener en el ocio a estos despreciables seres, los cuales no quieren enterarse, por vicio o mala preparación, que estamos edificando con nuestro esfuerzo una sociedad más sana.

Debemos poner, con nuestra conducta ejemplar de ciudadanos, el máximo interés en apoyar a la Autoridad en todo momento y ayudar a exterminar la ratería.

Conformes con todos los modernos métodos de reeducación para estos desgraciados; somos enemigos de la pena de muerte, empero nuestra ecuanimidad cede al presenciar casos como el mencionado, y, contra el recalitrante, paradójicamente, hemos de aplaudir el lema de «pena de muerte al ladrón».

Visado por la censura

Imprenta de la Brigada Mixta.